

FRAGMENTO DEL PRIMER CAPÍTULO  
de  
**EL SOLLOZO DEL FIN DEL MUNDO**

NOVELA/ENSAYO  
del futuro próximo

Matías Escalera Cordero

*Und morgen wird die Sonne wieder scheinen  
Und auf dem Wege, den ich gehen werde,  
Wird uns, die Glücklichen, sie wieder einen  
Inmitten dieser sonnenatmenden Erde*

*Und zu dem Strand, dem weiten, wogenblauen,  
Werden wir still und langsam niedersteigen,  
Stumm werden wir uns in die Augen schauen,  
Und auf uns sinkt des Glückes stummes Schweigen...*  
... ..

*Y mañana brillará de nuevo el sol,  
y por el sendero que recorreremos  
la felicidad de nuevo nos envolverá  
en el seno de esta tierra embriagada de sol...*

*Y hacia la extensa playa de olas azuladas  
descenderemos lentamente en silencio,  
mudos nos miraremos a los ojos  
y sobre nosotros caerá el silencio de la felicidad...*  
John Henry Mackay (1864 -1933)

*This is the way the world ends  
This is the way the world ends  
This is the way the world ends  
Not with a bang but a whimper.*  
... ..

*Así termina el mundo  
Así termina el mundo  
Así termina el mundo  
No con una explosión sino con un sollozo.*  
T. S. Elliot (1888 – 1965)

# 1

## **DON QUIJOTE, LAS CAJERAS Y EL ASALTO AL PALACIO DE LA ÓPERA DE PARÍS**

... *Shwieaaar*... Esta es la onomatopeya de las nubes surcando los cielos... *Shwieaaar*... Me dijo, una vez, tu abuelo, antes de la primera gran pandemia; antes de esta canícula eterna, cuando las nubes aún surcaban puntualmente los cielos... *Shwieaaar*... *Shwieaaar*... Así, en voz muy baja, como en un susurro...

Silencio.

... Creo que él, a pesar de sus tonterías y de sus niñerías, sí era honrado, con todas sus onomatopeyas tan cursis y con toda su poesía revolucionaria y esas cosas; sus colegas, no... ¡La mayoría de ellos sentía que no eran así!... No me preguntes por qué; tal vez fue porque lo alejaron demasiado de mí. Entonces el amor era como era...

Silencio.

... Muy diferente, ¿sabes?

Pausa.

Trata de acariciarme, pero hoy solo es una presencia holográfica lo que atraviesan sus dedos casi transparentes, tan finos y huesudos.

... La verdad es que quien más, quien menos, se vendía al enemigo que decían contener y dejaban solos a unos pocos ilusos, como a tu abuelo. Vivían encerrados en su miedo y en la histeria general, y a ellos los dejaban solos, encadenados a su honestidad...

Silencio.

... A él sé que no le importaba, hacía lo que debía hacer, me decía... No hemos localizado bien al enemigo; cada uno busca el suyo, su propio enemigo, y se lo corta a medida, como un traje... Me decía...

Silencio.

Cierra los ojos, gira un poco la cabeza y, perdida en toda esa asepsia tan blanca, mira, creo, hacia los monitores que dicen cuál es su estado justo en ese momento...

... El odio, querido Saúl, se transforma en apetito y codicia, como el desvelo o los celos, o la ira. Los judíos europeos lo sabemos bien...

Mi abuela dice todo sin el menor resto de emoción, como afirmando una serie de evidencias mecánicas de las que partir para resolver un problema práctico, como que hay

que cambiar el filtro del agua, porque la cal se ha acumulado en sus membranas exteriores y una de las arandelas sintéticas se ha desgastado. No sé si se ha dado cuenta de que hoy solo soy una imagen de mí mismo.

... Somos una especie dañina... Le contesto, yo (en realidad, mi imagen holográfica...) Somos la peor plaga que ha asolado este planeta en los eones de la vida; deberíamos desaparecer de la faz de la tierra...

... Tu abuelo no estaría de acuerdo con ello, lo sabes, ¿verdad?... No es ese el camino que él eligió, aunque a menudo también se impacientaba... Mientras tanto, me decía, hay que hacer lo que uno cree que se debe hacer, eso sí...

Pausa.

Y con voz, ahora sí, cariñosa... ¡Eso sí, nunca me dijo qué era lo que se debería hacer!... Sonríe... No me digas por qué, nunca me lo dijo. Le costaba expresar en voz alta lo que de verdad sentía...

Silencio.

... Yo, Saúl Bochum, su nieto, querría decir también muchas cosas, pero me cuesta también expresar lo que realmente siento...

... Lo sé y eso me da miedo...

Y como traspasando con su mirada perdida, tan cansada ya, la imagen de mi perfil holográfico, añade, volviendo otra vez hacia atrás... ¡No les hacían caso, ningún caso!... Se hacían llamar seres de la conciencia (y sonrío al nombrarlos); y no les hacían caso simplemente porque decían, también tu abuelo lo hacía, una y otra vez, lo que todo el mundo tenía claro desde el principio, obviedades que todos sabían desde el principio. Y la gente, Saúl, ya lo sabes, solo quiere sobrevivir, a cualquier precio; simplemente sobrevivir...

... O entretenernos... Añade mi imagen, con un movimiento de apertura y cierre de los labios inquietantemente antinatural...

... Sí, entretenernos; eso también. Es lo que todos queremos, al final, ¿no?

... Sí, abuela, eso es lo que quiere la mayoría, solo sobrevivir y entretener la llegada del fin... Y, al decir esto, el movimiento de los labios del Saúl holográfico me parece aún más turbador...

... No había misterio en ellos, ni en la gente a la que supuestamente se dirigían. Unos y otros solo querían mantenerse a flote un poco más y que les dejasen tranquilos, sobre todo después de la segunda pandemia. Estábamos ya exhaustos. Solo queríamos un techo donde cobijarnos, una mesa en donde comer y compartir el tiempo que nos quedase y solo los más ambiciosos anhelaban aún una pizca de reconocimiento público en sus pequeños círculos virtuales de entonces, que tú llegaste a conocer, Facebook, Instagram, Tik-Tok, ¿recuerdas?; para convencerse de que no habían vivido inútilmente...

Pausa.

Se concentra en aspirar el chorro de oxígeno. Y, cuando ha recuperado el ritmo de la respiración, continúa...

... La mayoría nos conformamos con una actividad cualquiera, llámala trabajo en el mejor de los casos y con mucha suerte; o unas cuantas ocupaciones eventuales y transitorias, o lo que fuese que nos justificase sobre la faz de la tierra; eso era todo. Nada más que eso, créeme...

Silencio.

... Bueno, sí, algo más. De vez en cuando, algo de entretenimiento, como tú dices, algo que nos permitiese olvidar todo eso que queríamos olvidar. Algo que nos permitiese olvidar justamente lo que ellos se empeñaban en darnos... ¡San Agustín lo sabía!... Yo se lo dije muchas veces (sonríe, de nuevo), San Agustín sabía que el más necio de los esclavos podía llegar a las mismas verdades a las que ellos habían llegado con toda su filosofía e inspiración, pero ellos no querían escucharme y, si lo hacían, no me hacían caso. La gente común lo que queremos es olvidar, les decía... ¿No veis que sabemos lo que vosotros sabéis...? También nosotros nos hemos acercado al abismo y no somos tontos...

Pausa.

... A él no le importaba, hacía lo que debía hacer... Al menos, eso decía...

Silencio.

Cierra de nuevo los ojos y contiene la mueca de dolor que atraviesa sus labios...

... Deben tener la experiencia de lo inaccesible, les ayudaré a salir de sí mismos al mundo... Me decía, él... Yo creo que lo que de verdad querían era cazar el instante en el que el esperma no se desborda en la cantidad necesaria ni de la forma deseada por el cansancio y la extenuación, o algo así como exponer, una y otra vez, a consideración pública el glande exhausto de los siervos... No tiene sentido; por eso yo les decía... ¡Eso es Rembrandt!... ¿No lo veis que ya está dicho y expresado todo ello...? Y lo más triste es que, al hacerlo, se volvían también ellos unos seres ociosos y distantes, como sus amos...

Pausa. Avanza, de nuevo, sus dedos transparentes y huesudos hacia el vacío de la mía.

... Lo más gracioso era que algunas cosas de las que decían podrían haberse reelaborado a lo divino y hubiesen sido una lectura golosa y edificante para cualquier secta mística exaltadora de la chata uniformidad de la pobreza y la resignación. O de la austera disciplina castrense, si me apuras... (ríe con ganas ahora y se ahoga ligeramente)

... Decían que despreciaban el reconocimiento de los gestores del sistema, pero los títulos honoríficos lucían flamantes al lado de sus nombres cuando querían pasar los filtros más formales y las decadentes academias de entonces, cuando aún las había, aunque ya no servían para nada. Al final, jugaban con las mismas simples normas que todo el mundo, las de la supervivencia. Con la Academia, se hacían académicos, con los desarrapados, se simulaban harapientos ellos también; inexplicablemente felices de estar todos juntos en

sus foros y saraos... ¡Fuera cánones!... Gritaban; pero no les cuadraban las cuentas. Se armaban de impecables marcos teóricos en los que se refugiaban de la vida y se guarecían de la cruda e insoportable verdad...

Mira los monitores. Algo la inquieta de repente.

... ¡No es nada!... La tranquilizo... Es el oxígeno en sangre, que está en el límite de lo normal, no es nada grave, ya nos lo dijeron, son fluctuaciones aceptables...

Se concentra un momento en inspirar y espirar con manifiesto cuidado y aplicación, la exigua y ligera curva de su pecho, apenas pronunciada, se levanta y se hunde rítmicamente. Esta cepa del virus mutante coronal, CTV450, actúa de ese modo aparentemente inofensivo sobre la capacidad pulmonar.

... Yo los veía —dice, tras varias suavísimas sacudidas—; yo los veía desde fuera, los escuchaba y no me parecían tan diferentes del resto, tampoco de todos aquellos de los que decían renegar y a quienes querían combatir; no veía diferencia ninguna ni en los contenidos, ni en las formas... Tu abuelo y algunos más, es cierto, eran sinceros, unos ilusos inocentes que se lanzaron con desesperado valor contra los gigantes molinos que los obsesionaban... ¡No me importa!... ¡Hago lo que debo hacer!... Decía.

... Todos debemos tener la experiencia de lo único y de lo inaccesible, nos la merecemos... Le decía yo... Solo tenemos que salir de nosotros mismos al mundo. Mira Luigi Nono, no tenía claro que los músicos fuesen más útiles en la resistencia, en las calles, que en sus casas componiendo. ¿Por qué la música académica o el arte más elaborado y complejo resultan elitistas...?

... Tienes razón, Rebeca... Replicaba, él, con gesto dócil y resignado... La única diferencia, acaso, sea la dificultad técnica, e incluso eso es discutible... Y, en ese momento, lo decía con sincero convencimiento...

... Miles de niños desafinando con sus cuerdas no quiere decir nada, ¿por qué ese modo de desafinar es mejor que escuchar un cuarteto perfectamente ajustado? ¿Por qué estar condenados a escuchar los ritmos de las calles y de los estadios, sin acceder jamás a una sonata de Brahms, sin poder maravillarse nunca con lo que allí sucede...? Eso no es más que pereza intelectual... Remataba, yo...

... No es pereza, no es solo pereza... Protestaba, él, algo confuso... Todas esas preguntas que haces, amor mío, todas esas preguntas no pueden ser respondidas, si no es por el peso de la historia y de las condiciones materiales de las clases. El acceso a los bienes culturales es un acceso históricamente restringido; y eso es un dato objetivo...

... Y, en eso, tu abuelo tenía razón, lo reconozco, en los trabajadores no pesan tanto el pasado y los hábitos heredados, eso es verdad, como las condiciones materiales de sus vidas; todos esos son fardos pesados. También tenía razón al recordarme que, en determinadas circunstancias, hay trabajadores que, sobreponiéndose a todo, daban con mucho esfuerzo y con suerte ese paso, aunque fuesen una minoría...

... El arte de vanguardia estuvo ligado durante un tiempo a los trabajadores y a la revolución... Decía...

... Y es verdad, fue durante la primera década soviética y en la Alemania de los espartaquistas; los Ateneos libertarios y socialistas jugaron un papel muy interesante también, pero todo quedó truncado por los fascismos y el estalinismo...

Silencio.

... En el país de tu abuelo, esa fractura parecía aún mayor; el desarrollo de una cultura y de una tradición de clase no había prosperado, como no habían prosperado tampoco los diversos empeños modernizadores que se habían sucedido desde el setecientos, al menos no como en otras latitudes, por ejemplo, en la Alemania o en la Francia de las que mis padres procedían... Tu abuelo nos envidiaba y amaba profundamente aquella Alemania de mi padre y aquella Francia de mi madre completamente idealizadas que se había imaginado de niño y de jovencito...

... ¡La cultura e Iberia son términos que se repelen históricamente!... Exclamaba, en cuanto salía el tema... Da igual que sean las élites o el común de las gentes, no es como en la Europa de donde tú vienes, querida... ¡Aquí esta es una batalla perdida!... Se desesperaba... Y aun así también hubo un tiempo de esperanza, como en la Rusia soviética y en la Alemania espartaquista...

... Se refería al breve tiempo en el que el arte nuevo estuvo ligado a los trabajadores, con los constructivistas y los futuristas soviéticos, por ejemplo. Recordaba a Isadora Duncan danzando en las fábricas ante miles de trabajadores entusiasmados, cuando en los teatros burgueses no comprendían lo que hacía. O Piscator y Brecht, en el teatro, y los expresionistas, en el cine o la pintura de la Alemania de mis bisabuelos. Antes de que el fascismo y el consumo arrasaran con todo...

Pausa prolongada.

Y silencio, de nuevo, en ese ámbito blanco y aséptico. Está cansada, se nota; y noto también sus pulmones agotados cómo pugnan por seguir hinchándose, una vez y otra, y otra, tras la anterior. Admiro su fuerza y su determinación, siempre la he admirado...

... Recuerdo –dice, con su voz levemente sofocada– que le gustaba repetirme una sentencia, de Lao Tse, creo... «Aquel que sabe no habla y el que habla no sabe...» Y, de alguna manera, era eso lo que lo paralizaba, a veces, lo que estaba en el origen de la contradicción en la que vivió toda su vida...

Nueva pausa.

Y, de nuevo, la fatigosa sucesión de inspiraciones y espiraciones...

... No sé, creo que todo lo que escribió y dijo era como una traición a su íntimo deseo de silencio...

Por lo que dedujo la joven oficial en prácticas Viktoria Klein de los testimonios obtenidos, aquel viejo aparentemente chiflado era, por lo común, un ser retraído y silencioso; hasta el día en que hizo lo que hizo, sorprendiendo a todos.

Según los testimonios de sus familiares y de otras gentes que lo habían tratado, era, por lo común, un tipo que rehuía las multitudes, que vivió siempre al borde del silencio y del aislamiento, que hablaba siempre como obligado, como sintiéndose forzado a ello, como para mantener la esperanza en los otros...

... ¡Una esperanza que él mismo había perdido!... Apostillaban, algunos de los que lo conocieron bien...

Por eso les extrañaba tanto a todos que ese día no solo reuniese con tal facilidad a aquel montón de jóvenes desocupados y de seres *relegados* de uno de los enormes *banlieues* del Gran París, exactamente del 35° distrito, más allá de Pantin y Drancy (a los que se fue añadiendo gradualmente una pequeña multitud de viejos trabajadores ociosos, que deambulaban también por las calles) y a todos los que se iban encontrando al paso, sino que lograra llevárselos a todos a un concierto al gran teatro de la Ópera, en el que daban música clásica del siglo veinte, a Luigi Nono y a Luciano Berio, concretamente.

En realidad, según pudo averiguar la joven oficial en prácticas, primero, trataron de entrar por las buenas, pero, como no habían reservado sus asientos, decidieron, capitaneados por el viejo revolucionario, convertido en agitador de seres *relegados*, ociosos y desocupados, asaltar el edificio.

Lo cierto –había que reconocerlo– es que entraron en la sala principal, en donde se celebraba el concierto, sin mucho escándalo, en silenciosos trompicones...

... El viejo iba delante de ellos solicitando calma, silencio y atención... Dijeron, luego, los testigos...

Era justo el momento en que se estaba desarrollando sobre el escenario una performance a partir del *Non Consumiamo Marx*, de Nono, por lo que embebidos de lo que escuchaban y atraídos por lo que veían, a los pocos minutos, salieron muchos de ellos, en tropel, a participar en ella...

... Al principio, parecía que iba a producirse un altercado... Declararon algunos músicos...

Pero, en realidad, aquellos jóvenes de barrio y aquella masa de *relegados* se integraron de inmediato, de un modo tan natural e intuitivo, en las secuencias sonoras y en los movimientos escénicos que estas sugerían, que, durante un instante maravilloso e irreplicable, se dio una verdadera fusión entre la potencia sonora y el acto real.

Al preguntarle luego, ¿cómo lo consiguió usted...? No solo que fuesen, sino que entrasen en relativo orden y silencio... Contestó: «Nada, les convencí de ello; solo eso, les convencí; les dije ¡vamos a fastidiar un poco a los amos!... Y me siguieron... Y la majestad del edificio, los espectaculares hologramas y tantos siglos de sumisión reverencial ante el arte de los señores hicieron el resto. Fueron ellos los que consiguieron el milagro...» Añadió, y no dijo más...

La explicación real de aquella serena y templada reacción de las masas de *relegados* que acudieron a la Ópera no estaba muy alejada de la que el viejo esgrimió ante la policía social. En efecto, fue la entrada al recinto histórico/temático del viejo París, *Sensaciones Gran Resort: París Eterno*, lo que les calmó; muchos de ellos, la inmensa mayoría, jamás habían traspasado sus puertas de acceso, no conocían el parque recreativo, reservado a los pocos antiguos residentes que no lo habían abandonado y a los turistas y habitantes de los distritos periféricos que, a millares, acudían a él cada día.

Desde que los distritos centrales de la capital se habían acordonado y cerrado al libre tránsito, para convertirlos en el Gran Resort actual, la inmensa mayoría de aquellos desarraigados jamás habían estado en ellos, no habían visto sus calles y edificios sino en imágenes, en simulaciones virtuales y, en el mejor de los casos, en sedes holográficas.

Eso no era raro, no debía extrañar a nadie; lo mismo había sucedido con otras ciudades emblemáticas del mundo occidental, como Nueva York, Ámsterdam, Londres o Barcelona, aunque con distinta suerte unas y otras; dos casos extremos eran los de Venecia y Jerusalén, reducidas ya a puras imágenes holográficas.

Eran ciudades que habían optado, desde el último tercio del siglo pasado, o a principios de este siglo –o desde mucho antes, como era el caso de la ciudad italiana– por los monocultivos, fuesen financiero, comercial o turístico, según los casos.

En el caso de Nueva York y de Londres, el salto hacia la turistificación definitiva de la isla de Manhattan o de los distritos del Támesis se dio tras las grandes crisis financieras que arruinaron la apuesta de sus respectivas élites –en el último tercio del siglo veinte– por la especialización bancaria y comercial de ambos espacios urbanos; una especialización lograda tras décadas de gentrificación y vaciamiento residencial de sus barrios y distritos más importantes. Las pandemias y la caída en picado de los flujos monetarios y cambiarios que llegaban a la City londinense o a la isla del Hudson, amenazaron con hundirlas definitivamente, y la conversión de sendas áreas en parques temáticos turísticos fue la alternativa más rentable y cómoda para esas mismas élites, tras el fiasco.

El monocultivo turístico, pese a todo, no fue suficiente para recuperar ciudades como Atenas, Madrid o Barcelona, centros políticos y administrativos, pero con poco potencial industrial o financiero, desde siempre; y a las que la inestabilidad social y política interna de sus respectivos estados, las crisis sanitarias o el cambio climático, terminaron por arrumbar en zonas no protegidas, NRA. Sus incipientes parques temáticos pronto quedaron reducidos a destinos turísticos internos de las élites territoriales y de las clases medias supervivientes de las áreas NRA limítrofes y marginales.



El joven Viktor Klein supo luego –cuando ya era un flamante funcionario de carrera– que, poco antes de morir, aquel extraño visionario, cuando estaba en el hospital medio moribundo, en un descuido del personal y de su nieto, una mañana, se escapó y se fue a un pequeño supermercado que estaba a la vuelta del enorme edificio; uno de esos pequeños supermercados que había aún entonces por los barrios o cerca de los grandes edificios públicos. Y que lo encontraron gritando... «¡La revolución empieza por abajo, solo se necesita un poco de buena agitación y propaganda!... ¡Un poco de *agipro* es lo que se necesita!...»

La sorpresa de las cajeras al verlo con aquel camión de hospital enseñando la espalda y el culo, fue mayúscula; pero, antes de que reaccionasen, les espetó... «¡Sois la punta de lanza del nuevo proletariado!... Aún no os habéis percatado de este hecho incontestable, pronto lo haréis... ¡Sois el futuro!... Un futuro precario, ¿qué futuro no lo es...?» Y sofocado, entre ligeros jadeos, exclamó... «¡Vuestro!... El futuro será vuestro o no será...»

... Sí, tu abuelo era un viejo comunista que vivía en el pasado; un don Quijote en un viejo y obsoleto supermercado arengando a unas pobres niñas asustadas y confusas; era difícil de querer, aunque, tal vez, por eso mismo, le quise tanto...

Silencio.

... Le encantaban los gestos inútiles, tú eres un poco como él...

Siempre que se refería a mi abuelo lo hacía así, con un resto de ironía, socarrona, a veces, pero con una ternura cariñosa algo maternal, que no podía remediar.

Hoy, antes de conversar con ella, como tampoco he podido ir al centro de paliativos, me he hecho con un TCD holográfico de alta densidad, que en su unidad funciona relativamente bien. Antes de la conexión, he tenido que esperar a que el equipo de cuidados terminase con su labor.

Cuando la he establecido, por fin, uno de los sensores, el que indica los parámetros relativos de oxígeno en sangre aún parpadeaba. Al abrir los ojos, ha visto mi imagen holográfica junto a ella y me ha sonreído...

... Por tu culpa, no dejo de pensar en él... Me ha dicho, en realidad, a la imagen, y se ha sonreído de nuevo...

... ¿Recuerdas a Jaspers...? Le digo, sin esperar a que se explique...

... ¿Cómo no...? Tu abuelo siempre estaba con eso de las eras axiales... Me contesta, algo sorprendida...

... Es que ayer me acordé de tus lecciones de filosofía, cuando estaba terminando el Bachillerato, antes de la Preparatoria Superior, y te quería hacer una pregunta justamente acerca de ello. En la Niebla hay demasiado, ya sabes; y todo resulta confuso...

... La idea no es complicada de entender...

... Lo que he leído en la Niebla me resulta o muy oscuro y embrollado, o muy elemental y superficial...

... Quizás haya algo de ambas cosas, como en todo concepto filosófico, lo simple y lo complejo, a un tiempo; lo importante de esta idea de Jaspers es que nos ayuda situarnos ante determinados momentos de la Historia, como este que vivimos nosotros...

... ¿Por qué...? Insisto; no entiendo a dónde quiere llegar...

Sonríe. Me mira, mira mi imagen, y habla lentamente, como si volviésemos a los tiempos en que yo estaba terminando el Bachillerato...

... Mira, las eras axiales son esos periodos en los que todas las civilizaciones humanas experimentan cambios tan profundos y radicales que quiebran los cimientos y echan abajo todo el andamiaje sobre los que se han levantado y se han sustentado sus creencias, sus mitos y todo el imaginario común esencial de esa civilización, durante generaciones y

generaciones; y no cabe duda de que nosotros hemos vivido, estamos viviendo, una de esas eras...

... Mirándolo así es verdad que todo a vuestro alrededor, cuando erais jóvenes, se parecía a una mezcla explosiva de nuevas formas de vida, nuevas normas sociales, nuevos comportamientos políticos y usos tecnológicos insospechados, sustituyendo a todo lo viejo... Yo era muy niño y no lo recuerdo así, cuando llegué a la universidad ya se había decidido todo, para mi generación todo lo que sucedía a nuestro alrededor era ya algo natural... La *plasticidad profesional*, que se decía entonces; el futuro y la vida precaria, llena de *adaptaciones*, que nos esperaba; la prolongada dependencia de nuestros padres, en mi caso, de ti; la desafección de la política y de todo lo que oliese a público y colectivo... No sé, tal vez llegaron hasta nosotros los ecos de vuestra inquietud, de tu generación, pero tu caso no dejaba de ser excepcional, los padres de mis compañeros, o mis profesores, que yo recuerde, se habían adaptado al nuevo orden sin demasiada resistencia, o eso me parecía; aunque, si cuento las manifestaciones de protesta y las reuniones políticas a las que me llevabas, o las aventuras que pasé con el abuelo de pequeño, aún quedaban algunos restos visibles de esa convulsión...

Ha cerrado los ojos. Guardo silencio y espero. Mis preocupaciones, mi curiosidad, mi infancia y mi juventud me han distraído y no me he dado cuenta de su cansancio...

... En el umbral de esas eras, hay siempre filósofos y seres pioneros que las anticipan... Dice, de pronto, abriendo los ojos; y, a través de mi sosia de nube, clava su mirada en la mía... Y, cuando todo colapsa a nuestro alrededor, ellos ven el sentido del nuevo orden que se avecina, ni bueno ni malo, ni mejor ni peor que el precedente, solo distinto, aunque venga todo como envuelto en insufribles dolores de parto...

Los cierra, otra vez, pero continúa...

... Tu abuelo era uno de esos filósofos, de esos seres que anticipan y ven lo que la mayoría no ve... Y, tal vez, por ello mismo, su final fue el que fue... De alguna manera, puede decirse, que tu abuelo fue uno de los primeros constructores de muros, solo que el suyo fue un muro interior, tras del cual se refugió para morir en silencio... Vislumbró las enormes transformaciones que ocurrirían, las enormes alteraciones que volcarían nuestras vidas, el desastre al que nos veíamos abocados, ante el cual habría que decidir nuestro futuro, y creo que, al final, se rindió y asumió la inutilidad de todo esfuerzo por torcer ese destino irrevocable de la especie...

... ¿Al final, perdió la fe en nosotros...? Le digo, con acento algo incrédulo...

... No te sabría decir... No lo sé, hijo... No lo sé... Lo único que sí sé es que ese don Quijote de los supermercados acabó, al fin, siendo derrotado por una invencible melancolía junto a la playa de la desesperanza... Y esa playa ya no era la de su amada Barcelona, eran todas las playas del mundo...

... Sin embargo, yo recuerdo que, cuando se enteró de que una de esas chicas se había suicidado debido quizás al agotamiento o a la desesperanza, después de recogerme en la puerta del CAE, fuimos a la puerta del supermercado, y lo hicimos así, cada día, una o dos semanas, creo... Íbamos a la hora del cambio de turnos y él les hablaba de cómo podrían ser las cosas si los trabajadores del mundo se uniesen en una misma lucha, si

uniesen sus voces y sus sueños en una sola voz y un solo sueño... «Seríamos imbatibles», les decía... «A pesar de nuestra debilidad y de nuestras miserias y pequeños egoísmos, nada ni nadie nos pararía...»

Cuando llegaba la hora, allí estaba, con su fular negro al cuello, su boina francesa negra ladeada y sus pantalones de pana gris o azul marino, así es como lo recuerdo. Venía a recogerme con su cazadora oscura, casi negra, raída por los bordes... «¿Qué tal se han portado hoy esos programas de adiestramiento y evaluación de competencias...?» Me preguntaba, aunque yo sabía que esa pregunta no me exigía una respuesta...

... Aún tenemos varios profesores humanos... Le contestaba yo, a pesar de que él lo sabía; pero ya no me hacía caso...

Un día, recuerdo, les llevó a las cajeras una camiseta blanca con el emblema del Che estampado en rojo y negro. Quería liberarlas de la esclavitud de las cajas registradoras, de los jefes de personal y de los controladores sobones; pero, sobre todo, de la muerte que las acechaba... Les decía... «¡Somos, desde hace mucho, desde antes de que nacieseis vosotras, los nuevos *homo sacer* de este nuevo imperio romano en disolución!... ¿Sabéis?»

Ellas no sabían, claro, que el término *homo sacer* en el antiguo derecho romano se refería a todos aquellos a los que se les podía eliminar sin consecuencias penales, pues sus vidas no valían nada. Pero ese detalle no le importaba... «Para ellos somos meros cuerpos sin valor, siempre lo fuimos, siempre hemos sido prescindibles, eliminables; creíamos que Auschwitz se había cerrado; y no es así, los campos solo ampliaron su dominio al mundo entero...» «Empero, ese rostro –y señalaba la efigie del Che Guevara– representó para millones, durante un tiempo, la posibilidad de otro mundo diferente...»

... ¿Qué significa *empero*...? Preguntó, bajándose su mascarilla, una de las encargadas que salía, a menudo, junto con las demás cajeras a escucharle...

... ¿Y cómo debería ser ese mundo del que siempre nos hablas...? Le preguntó, tras un largo e incómodo silencio, la cajera más joven, mientras repasaba con sus manos la imagen del Che en la camiseta...

... Qué significa *empero* no importa tanto, lo que verdaderamente importa es tu pregunta, joven compañera; y no es fácil de contestar... Y, tras un momento en que pareció dudar, añadió con aire melancólico... Yo me lo pregunto a mí mismo muchas veces, ¿sabes?

Entonces se detuvo, una vez más. Todos lo mirábamos, yo también, como hipnotizados. Consideraba detenidamente la respuesta, era la primera vez que una joven cajera le hacía una pregunta así; en realidad, era la primera vez que alguien desconocido para él se interesaba sinceramente en algo así, y ese no era precisamente un detalle insustancial. Se daba cuenta de que lo habían escuchado y no quería decepcionarlas.

Finalmente respondió a la pregunta...

... A veces –comenzó, con la mirada perdida en algo magnífico y radiante que solo él veía delante de sí–; a veces, me lo imagino como la orilla del mar, a la cual van a morir todas las olas. Una orilla de un mar hermoso y benigno... Un mar hermoso y limpio, como antaño, como antes de la basura y de las plagas, y de las inmensas parvas de plásticos. Un mar a cuya vera y amparo todos sin excepción somos felices, triste o alegremente felices, eso no importa, solo felices al fin...

... ¿Felices...? Yo no creo en la felicidad...

... Sí, muy muy felices... Y, al decirlo, mira a la joven cajera de la pregunta, a los ojos... Debes creer, muchacha, pues, si te fijas bien, si pones atención, de verdad, en los sonidos de ese océano, tú misma podrías sentir esa felicidad...

Ahora se dirige a todas las demás... ¿Lo sentís...?

... ¿Qué debemos sentir...?

... ¡La felicidad!... ¡Escuchad bien!... Si permanecéis atentas a sus ecos, sentiréis cómo todo lo inunda un suave susurro... ¿No lo sentís...? Es el constante murmullo de las corrientes, que no tiene pausa y que nos habla de la unidad esencial de las masas ingentes de agua que abarca el horizonte; además, nos señala la importancia de cada ola, de cada línea blanca, de cada arco de espuma que se tensa y que afluye, y que, por fin, se rompe contra las rocas del fondo marino y de los acantilados... De cómo cada una de ellas, de vosotras, de nosotros, aporta una nota distinta y distinguible, como breves contrapuntos y efímeras antífonas en el incesante murmullo esencial de fondo, que nos entonan sus inagotables variaciones e identidades; ninguna es igual a la que precede, ni a la que sucede, cada una de ellas es nueva, diferente y diversa, y todas juntas componen una acordada sinfonía de plenitudes infinitas y armoniosas... Y esa inefable sinfonía de los océanos nos descansa el espíritu y nos colma de bienaventuranza y nos infunde un ánimo renovado...

Silencio (emocionado y algo dramático por su parte)

... ¡Necesitamos de su ilusión!... Cualquier ilusión, cualquier esperanza; una meta, cualquiera que sea, que nos ilusione y nos esperance, de nuevo; los trabajadores hace mucho que las perdimos, hace mucho que perdimos la ilusión y la esperanza que nos movían y que nos hicieron cambiar el mundo y nuestra suerte... Quien tiene una ilusión, una esperanza, una meta, cualquiera que sea, tiene el punto de apoyo preciso donde apoyar la palanca que mueve el mundo...

Calla de nuevo. Toma aliento. Algunas de las jóvenes cajeras tienen algo parecido a un nudo en la garganta; lo de las ilusiones y las esperanzas sí lo entienden, pero no se trata de las mismas ilusiones y las mismas esperanzas a las que se refiere el viejo loco.

... Así es como veo, queridas compañeras, el mundo que se anuncia, uno y diverso, el mismo y distinto a un tiempo, una canción inaudita en la que la común melodía y las voces singulares se conjugan y se funden para expresar y acompañar nuestros más íntimos deseos, los mismos y diversos sueños de cada una de vosotras...

... No entiendo bien lo que dices, pero lo último me ha gustado; hablas raro, lo último sí me ha gustado... Dijo, al fin, la joven cajera...

Otro día, les habló de las Brigadas Internacionales en la guerra de España y, otro, de Rosa Parks...

... Parece que tu gesto, Rosa Louise McCauley, no sirvió para mucho... ¿O sí, quién sabe...? Les soltó, de pronto... ¿Un día justifica toda una vida...? A veces, sí...

Y las mira como atravesándolas, como si al final, detrás de ellas, estuviese la misma Rosa Parks... Y, si no, hay que estar preparadas por si llega ese día, sea como sea, hay que aprovecharlo, ¿verdad, compañeras? Hay que aprovecharlo, claro que sí...

Ahora es ella la que lo recuerda. Abre los ojos, mira los monitores que deciden su estado y su tiempo estimado de vida, se vuelve a mí y me pide la mano; hoy sí estoy a su lado y quiere acariciarla, quiere aprovechar su materialidad y la tibieza de mi piel...

... Era difícil vivir con él, créeme; era muy fácil quererle, pero muy difícil vivir a su lado... «Sin vida no hay novela...» Me decía... «Si no sabemos quiénes somos, bla, bla, bla...» Era insoportable, cuando se embalaba ensartando ideas y palabras...

... ¡Sabemos, de sobra, quiénes somos!... Le contestaba yo malhumorada... Aunque ¿de verdad importa saberlo...? Mira lo que le pasó a Mishima... Le decía yo...

Me mira a los ojos y ahora me lo pregunta a mí... Tú, claro, tampoco sabes quién fue Mishima, el último samurái... ¿No te hablé yo, o tu abuelo, alguna vez de él...?

... No, no recuerdo siquiera haber oído su nombre...

... No importa, solo debes saber que ese tal Mishima sabía perfectamente quién era, que estaba tan seguro de saberlo, que se rajó el estómago ante sus pupilos...

... ¿Y eso?

... Qué importa, quería darles, quizás, una lección de coherencia y compromiso... ¿Y quién se acuerda ya del último samurái...?

Es verdad, ¿quién se acordaba ya de él? Si se considera la cuestión con calma, mi abuela materna tenía toda la razón, el viento de la realidad y la lluvia del tiempo azotan con tanta fuerza, que lo barren todo, como a hojas secas, y nuestros gestos definitivos, por sublimes que sean o inútiles del todo, desaparecen.

... Aspirantes a don Quijote ha habido muchos, pero no estoy segura, querido mío, de si es bueno querer hacer de la vida una novela o si, por el contrario, resulta completamente desastroso... ¡En general, resulta desastroso!... A principios de este siglo, cada cuatro segundos moría un niño en el mundo a causa del hambre, hoy, después de tanto heroísmo desplegado por cientos de miles de voluntarios, muere uno cada segundo...

Silencio.

... A principios de siglo, cada minuto de cada día, un joven menor de quince años moría a causa de la enfermedad, hoy mueren cerca de una decena de jóvenes por el mismo motivo, a pesar del mismo heroísmo... Tu abuelo hablaba mucho de Rosa Parks, pionera contra la segregación racial en Estado Unidos, murió a los 92 años, yo la sobrepaso por poco (y sonrío tímidamente, al decirlo). Su negativa a ceder su asiento a un blanco en un autobús provocó un amplio movimiento de protesta... Un acto aparentemente inocuo

condujo a Parks a la prisión y provocó todo un movimiento masivo de boicot a los autobuses... Parks tenía entonces 42 años y dicen que cambió la historia... ¿Realmente fue así, querido Saúl...? ¿Cambió algo su gesto? Dime. ¿Cambian algo nuestros gestos...?

... Yo creo que sí, abuela... Que algo cambian...

... Más de sesenta años después del gesto de Rosa Parks, conocí el caso de otra Rosa, se llamaba Rosa Lee, tenía 36 años, murió en un puesto callejero de uno de los extremos de Brooklyn mientras tomaba un café... Su único deseo era dormir, llevaba varios días echando cabezadas en el autobús y en la línea Q del metro, entre turno y turno de trabajo... Su deseo, su único deseo era dormir, ni siquiera aspiraba ya a ver a su marido o a su hijo... Su solo deseo era dormir, nada más que dormir... Y, cuando su corazón dijo basta, delante de aquel café, ese era su único sueño y su único pensamiento, estoy segura... Cuando el enfermero diagnosticó su muerte legal, anotó: «Agotamiento...» Y cuando le preguntaron, contestó: «Ha sido el agotamiento... Le ha reventado el corazón de agotamiento...»



... Os voy a contar, hoy, una vieja historia del viejo Théodore de Banville... ¡Escucha, tú también, mocoso!... Me dijo, tomándome de la mano, mientras se dirigía a las jóvenes en la trasera del supermercado...

... Esta historia trata de dos mujeres, una señora muy desgraciada y una joven criada muy parecida a vosotras. Veréis cómo la criada arbitra sus propias mañas para medrar y sobrevivir, sin tener en cuenta los prejuicios morales de los amos, que nos imponen a nosotros y que nunca siguen ellos, los muy ladinos, con perdón, que no se entere tu abuela que he dicho ladinos...

*«... En la lejana Provincia de la Francia de entonces, para las criadas y las mujeres no había muchos caminos que tomar que no fuese el de la renuncia y ese fue el que tomó Henriette. Casada con un tipo zafio, tirano, avaro, egoísta y libertino, Simonat, pronto se dio cuenta de que cualquier esperanza era inútil, y a los veintiocho años, aún hermosísima, era madre de dos hijos mayores y una mujer dominada por el duelo y la tristeza.*

*... Su marido la tenía encerrada coma una prisionera, no podía disfrutar de ninguna compañía, pero tampoco de la soledad. En aquella vida tan triste, privada de cualquier amiga o compañera de fatigas, Henriette encontró refugio en su doncella, Rosalie, una joven despierta y elegante, llena de atenciones para con su señora.*

*... Henriette sufría convulsiones frecuentes, durante las cuales perdía todas sus fuerzas y la conciencia, y, en esos delicados momentos, tenía también el cuidado y tierno afecto de Rosalie... Tan indispensable se hizo la joven criada para la señora Henriette que esta incluso lo perdonó muy sinceramente el día que se enteró que era la amante de su brutal marido, y que, con su juventud y sensualidad, tenía en un puño a Simonat.*

*... De hecho, en el fondo, agradecía su beneficiosa influencia en él y pensó que Rosalie defendería, llegado el momento, el interés de sus hijos también. Así, cuando estaba en su cama para morir, agotada por las decepciones y el sufrimiento, sosteniendo a François y Julie, sus hijos, en los brazos debilitados, la infeliz madre se los confió a su doncella, a la que había perdonado todo.*

*... Muchos parientes acudieron al funeral de la señora Henriette y, en la trasera del cementerio, Simonat, el marido zafio y brutal, les obsequió con un delicioso banquete, con lechón asado, empanadas de carne de venado, carpas de la región del Loire, vinos de Vouvray... Rosalie se llevó a los niños a Tours, y no volvió hasta la mañana siguiente. Cuando entró en la casa, se lo encontró esperándola, todo estaba pata por hombro y todo en la granja por hacer... «Dame el manojito de llaves», dijo la doncella, sin mediar más palabras; «¡todas las llaves!»*

*Simonat le dio el manojito de llaves a Rosalie, humildemente, mirándola completamente abatido.*

*– Sabes que siempre te prometí que me casaría contigo si mi esposa muriese. Y mantendré mi promesa.*

*– No les daré una madrastra a los pequeños, le contestó ella, sin mover un músculo de su rostro; pero voy a tener cuidado de ellos. En cuanto a mí, no*

*necesito ser tu esposa para llenar mi bolso. No quiero sufrir lo que sufrió la señora... Y ahora, ¡a trabajar!...*

*... Y Rosalie le ofreció la mejilla de una forma tal que Simonat no pudo resistirse, y, después de estampar un grosero ósculo en aquella carne joven, tersa y apetecible, se marchó humildemente a las labores propias del establo...»*

... ¡La juventud y la hermosura son armas poderosas!... Concluyó, con una ligera pausa... ¡Pero la astucia y la inteligencia son más poderosas aún, compañeras cajeras!... Jajaja... Se reía como nunca lo había visto reírse...

Algunas, que habían comprendido el sentido de la historia, rieron con él y gritaban... ¡Bien por Rosalie!...

... Sí, bien por Rosalie, pero recordad, la determinación y la solidaridad entre las sufrientes es aún mejor, en esa compasión y solidaridad de unas con otras está vuestra fuerza... ¡Recordadlo, compañeras; recordadlo!...

Y, sin dejarlas respirar apenas, continúa... Jean de la Bruyere, otro viejo francés, del que vosotras ya no tenéis noticia... ¡Cómo la vais a tener!...

Y hace, de pronto, otra de sus pausas dramática, durante las que mi abuelo se perdía, dentro de sus razonamientos y de las decenas de ideas que se le cruzaban y que se amontonaban en sus labios, y su mirada se perdía en un infinito que no estaba fuera, sino dentro de él.

Aunque, de pronto, como se iba, venía; y regresaba y recobraba, súbitamente, el hilo y el sentido del tiempo y del espacio concretos...

... Pues bien, compañeras, ese francés del que vosotras ya nada sabéis decía que, a medida que el poder y la riqueza abandonan a un hombre, aparecen al descubierto las ridiculeces y las miserias que tanto el poder como la riqueza cubrían. Ridiculeces y miserias de las que nadie aparentemente se daba cuenta, y que siempre habían estado ahí, delante de nosotros... Todo, queridas camaradas cajeras, depende, pues, del ojo que mira... ¡No lo olvidéis tampoco!... Todo está en vuestra mirada, en los ojos que miran el mundo y que ven a los poderosos despojados de su poder, tan ridículos y miserables... Tampoco sabréis, claro, quién fue Peter Alexeyevich Kropotkin...

Sus rostros lo decían todo.

... ¡De este, aún menos noticias, por supuesto!... En fin, no importa, en realidad, a ninguno de los dos tampoco nadie apenas los conocía ya, cuando yo era un joven curioso y metomentodo... Mirad, este tal Kropotkin consideraba que el mutuo auxilio era por sí mismo un factor determinante de la evolución, y lo dijo allá por 1906, hace casi ciento treinta años... Mucho tiempo, ¿no?, hermanas cajeras... Sobre todo, cuando apenas somos capaces de retener en la memoria lo que sucedió antes de ayer... Bien, pues ese buen tipo demostró que no solo era así entre los animales, que, en la lucha por la existencia, la ayuda mutua constituía una ley natural y un factor principal de la evolución de las especies, sino que también en el ser humano lo era... El mutuo auxilio, en la lucha por la vida, incluso, como el mismo Darwin había comprobado, dentro de la misma

especie, es un elemento crucial y definitivo para el éxito de las comunidades... Sabed que la aparición de la familia egoísta y separada es muy tardía en la especie humana. La comunidad del pueblo y el trabajo comunal son más antiguos, más primordiales... Si miráis atrás, al tiempo que nos ha precedido, en las modernas ciudades fueron los gremios, primero, y los sindicatos, luego, los factores de progreso definitivo... ¡La ayuda mutua!... Otra cosa que no debéis olvidar, la cooperación y el espíritu de sacrificio, tanto en la vida cotidiana, como en los momentos excepcionales, en las huelgas, en el sabotaje, nos hacen fuertes e imbatibles...

Nueva pausa dramática. ¿Por qué no se lo demostráis vosotras a vuestros amos con un gesto astuto e inteligente...?

Las pobres cajeras –lo recuerdo bien– lo miraban atónitas; creo que nunca entendieron exactamente qué pretendía de ellas... Apenas comprendían lo que les decía, pero también recuerdo que le atendían en silencio y que lo escuchaban con verdadero respeto; un respeto genuino y sincero que pocas veces he vuelto luego a ver en nadie.

...

La joven oficial Viktoria Klein también sintió ese mismo respeto por él, cuando, después de la detención, estuvo más de media hora escuchando sus razones y sus argumentos, tan lógicos y tan bien trabados, en el Centro de Internamiento 222L, al que correspondía el distrito de la Ópera... Le costaba creer que se tratase solo de un pobre tarado, o de uno de esos seres desesperados y ridículamente visionarios que pululaban por la ciudad, especialmente en los suburbios más alejados o en los *banlieues* sometidos a toque de queda, e incomunicados con el Gran París la mayoría de ellos; seres agotados por la intemperie y por la necesidad que, hacía tiempo, habían dejado de hacer la cola para recibir su pequeño lote de vituallas y de agua potable; y a los que ya daba igual todo, que simplemente deambulaban por las calles y las avenidas como seres moribundos, pero que no eran aquellos distinguidos *flâneurs* de antaño...

Lo mejor que se podía decir del oficial Klein –a fin de cuentas– es que siempre, ya fuese como mujer, o ya fuese como hombre, se comportó siempre de un modo que ella o él consideraban justo y cabal, de acuerdo siempre a las normas... «Es una buena persona...» Decían. Era la opinión general. Sin embargo, no era bondad, era simplemente amor por la rutina y las normas... Las normas, los protocolos y las rutinas, en realidad, todo lo que nos obliga a seguir adelante, nos salvan del sinsentido. Esta era una de sus más firmes creencias... Ni Viktoria ni Viktor Klein podían concebir el mundo, o la vida misma, sin rutinas, sin normas o sin protocolos... «Fue, en todo momento y circunstancia, una funcionaria perfecta, meticulosa y cumplidora...» Corroboraban los que la habían conocido y tratado al principio.

Desde su entrada en la Academia, como mujer, en el cupo especial por Discapacidad Leve Superable (ILS), o, luego, tras su modificación génico-corporal, como oficial de clase A,

subgrupo Trans/M, nunca hubo una queja de ella o de él. Así consta, al menos, en los archivos de acceso no restringido compartidos por la Academia en la Niebla.

En un primer momento, y por regla general, aceptaba la realidad tal cual se le presentaba. Aceptaba, por ejemplo, este mundo gobernado por estafadores y criminales, fragmentado y dividido en zonas, la corrupción generalizada, las incómodas o catastróficas consecuencias del calentamiento global, las ceremonias del Tránsito y la ilusión democrática; comprendía —aunque sin pensar mucho en ello— a los levantadores de muros; le parecía lógica la lucha por el agua potable y por alimentos de calidad, así como los inevitables efectos colaterales de las continuas guerras, más o menos controladas, que se sucedían en el planeta desde las guerras del Golfo, o el terror colectivo desatado durante las pandemias; pero con lo que no transigía y, por eso, trató siempre de esquivar los casos relacionados con ello, eran la esclavitud infantil, el tráfico de órganos, allí donde aún se daba, y, sobre todo, el de vacunas y medicamentos falsificados.

La sabia labor de contención de las masas, al final del espectáculo, la discreta detención del culpable de la revuelta, un viejo loco; la resolución satisfactoria del aprieto en el que las autoridades municipales se habían visto inmersas y la gestión, en general, de todo el asunto del asalto a la Ópera de París, a principios de los treinta, le hizo famoso entre sus inmediatos superiores; no tanto por cómo resolvió el asalto, sino por el posterior informe que redactó acerca de la toma pacífica del teatro por aquella multitud de desheredados «*en busca de una experiencia única...*» Decía en él.

No obstante, cuando, años después, se vio obligado a investigar a su propio compañero y amante, su querido Barut, implicado en la gran estafa de la recongelación del Ártico, a pesar de sus fuertes convicciones acerca del estricto cumplimiento de las normas y del reglamento, no vio otra salida que rendirse, y pactar y transigir, envuelto y confundido por la tozuda realidad de los hechos y la enorme fuerza de los sentimientos.

Había otras pequeñas cuestiones que Klein no terminaba de admitir, si no era tras un férreo ejercicio de autodisciplina corporativa y social; temas ante los que, cuando se hablaba de ello, procuraba quedarse al margen de la conversación; uno era la prohibición casi general del autoconsumo energético, medida impuesta por la mayoría de los gobiernos especialmente dirigida a las zonas NRA y a algunas zonas SSA, pues las zonas Rojava/Detroit, por su naturaleza y estatus, estaban dispensadas de cumplir una orden que a Klein no le parecía ni lógica ni aceptable. Otro tema era la obligatoriedad de implantarse una unidad geolocalizadora integrada (IGD) en todas las áreas SSA, aunque él, por su condición, estaba liberado de esa carga.

También le molestaba esa especie de estatus especial de los RHB o, como se los conocía vulgarmente, los *restaurados*. Su inquina venía, acaso, de la no aceptación explícita de los límites que la naturaleza nos había impuesto; aunque, en esto, como en otras cosas, entraba en una flagrante contradicción consigo mismo, a pesar de su ligera cojera, pues ella misma no los había aceptado, hasta convertirse en él mismo.

Nunca hablaba de estos temas con Barut, pues, como era un funcionario de alto nivel de la Comisión, en el caso de los geolocalizadores y de la dependencia energética era muy estricto; si bien es cierto que, con el tiempo y luego del asunto de la recongelación del Ártico y de su desgraciado papel en aquel fiasco, moderó sus formas y sus opiniones; también respecto de los motivos y las razones que pudieran asistir a los *restaurados*.

La verdad era que, desde hacía unas décadas, en realidad, desde cuando ya no hubo más excusas ni esperanzas, junto con el negocio del armamento y el del control de las guerras y de los carburantes, o el del mercado negro de alimentos de calidad y el del agua, y, algo más tarde, el tráfico de Xristopán y de medicamentos adulterados, uno de los negocios más pujantes era el de las soluciones científicas milagrosas contra todo tipo de inconvenientes, sobre todo, contra los provocados por los efectos del propio cambio climático y de las pandemias. Y una de las estafas más sonadas en ese campo había sido, sin duda, la derivada de la loca empresa de recongelar el Ártico, más concretamente la fabricación de los millones de microbombas que deberían realizar el milagro... Y Barut, su propio compañero, había estado implicado en ella. De hecho, ya había estado metido, antes de conocerlo él, en otra especie de estafa legal, la de los aparatos filtradores de agua que no servían para nada; pero ese hecho, a pesar de los millones presuntamente barajados, tal como constaba en uno de los expedientes administrativos incoados en su momento, previos a unas diligencias judiciales que –y eso era cierto– nunca se llevaron a término, Klein siempre lo juzgó un leve traspie, un ligero desliz de juventud.

... ¡Bien!... Se decía... Aquello era, al fin y al cabo, un negocio como otro cualquiera, tan tramposo u honesto como otro cualquiera, según se considerase, pero esto de la recongelación del Ártico, es ya demasiado...

El caso le llegó de modo casual, más de dos billones de dólares estaban en juego; y es que en el loco proyecto habían logrado embarcar, los estafadores, a gobiernos y fundaciones altruistas de Europa Occidental, América del Norte y la Unión Euroasiática, a pesar del enorme coste y de las bien fundadas dudas acerca de su realización expresadas por muchos técnicos y científicos, y de los intereses comerciales y estratégicos en juego.

La idea se basaba en una propuesta muy hipotética y especulativa del físico Steven Desch, lanzada a principios de siglo, el cual, en la Universidad de Arizona, se imaginó la construcción de unos diez millones de bombas que operarían con el viento por encima de la capa de hielo del Ártico... En invierno, estas bombas bombearían agua a la superficie en donde se congelaría, de modo que, según sus cálculos, aumentaría el espesor y tamaño de la capa polar al menos un metro más, lo que reduciría el peligro de que el casquete desapareciese en verano, como ocurre desde 2028.

Cuando, en medio de las investigaciones emprendidas por Klein, el nombre de Barut apareció por primera vez, a Klein casi se le sale el corazón del pecho, no estaba preparado para ello, jamás se le ocurrió que podría suceder algo así, era la persona con quien vivía y a quien amaba, y nada en él, ningún detalle, ni comentario, ni desliz en ninguna conversación, por íntima que hubiese sido, lo había preparado para esto.

... ¿Qué hacía el nombre de Barut en todo aquel fiasco? ¿Cuál había sido exactamente su papel como funcionario de la Comisión...? Leyó el informe en el que su nombre se citaba...

*... Khemet Barut, alto funcionario de la Comisión encargado del formulario MBC/47A, sospechoso de...*

Leía a trompicones, con un nudo en la garganta; poco a poco, se fue tranquilizando, su papel había sido secundario, aunque necesario; y por lo que se deducía de la lectura del

dossier, se había limitado a mirar a otro lado, cuando las primeras pruebas de las bombas habían demostrado su inviabilidad... Mucho más grave había sido su falta de respuesta ante la posibilidad de que ni siquiera llegasen a fabricarse realmente.

Fuese como fuese, Klein se hallaba ante un dilema moral y profesional; todas sus convicciones y toda su trayectoria como agente público estaban en juego... Finalmente, el apego y la lealtad personal prevalecieron frente al deber.

... Los afectos nos ciegan, es verdad; por eso, la mayoría se ha deshecho de ellos. Aunque, de todos, los más ciegos somos los enamorados... Se reprochaba, en silencio, el pobre Klein... Quizás tenga que ser así irremediabilmente, los sentimientos y las emociones nos atan con lazos invisibles, y los el amor son inquebrantables...

El silencio taciturno de Klein y su mal humor, esos días, hicieron sospechar a Barut de que algo malo sucedía y, cuando supo que su amante era el encargado de la investigación en el asunto de las bombas árticas, sus crisis asmáticas arreciaron y se vino abajo, y, una tarde, entre aerosoles y mimos demasiado mimosos para ser espontáneos, le confesó su culpa, aceptando las lógicas consecuencias de sus actos.

Klein no dijo nada a lo largo de más de un minuto, permaneció en un profundo y doloroso silencio; al final del cual, solo supo mascullar apenas una pregunta y un desmayado reproche...

... ¿Por qué lo hiciste...? ¿Por dinero...? No lo necesitabas, tenías y seguimos teniendo lo que necesitamos para vivir...

... No solo se trataba de dinero... Y jadeaba al decirlo... Hay más cosas que el dinero, Viktor... Y otro silbido ensordecido, desde los pulmones y los bronquios congestionados, precede a las palabras... ¡Cosas más poderosas y seductoras!...

... ¿Como qué, querido Khemet, como qué...? (solo le llamaba Khemet cuando estaba efectiva y físicamente enfadado)

... Para ti no tienen la menor importancia... E inspira una breve dosis de broncodilatador ClassicZ50... A ti ni te preocupan y creo que ni siquiera las entenderías, pero si vinieses de una familia procedente de la Anatolia y tuvieses que haber medrado, como la mía, en la Europa del IV Reich, otro gallo cantaría...

... En la conducta personal no hay peros que valgan, ni siquiera ese... (y sabía, antes de decirlo, que no era exactamente así) Se es honesto y decente o no se es...

... Querido, mírame a los ojos, por favor... Y se ve que el bello Barut lucha con todas sus fuerzas contra ese silbido sordo de sus bronquios saturados... Sí hay peros, muchos peros, créeme... Muchos, muchos peros... Y, al borde de la asfixia, concluye... Aunque para personas como tú no los haya...

... Me temo que a partir de hoy los habrá también para mí... Se derrumba, Klein. Y no dijo nada más. Tampoco Barut insistió. No podía. Y se sumergió, de nuevo, en los doce conciertos para cuerda y violín de *Il Cimento dell'Armonia e dell'Invenzione* de Antonio

Vivaldi, era el quinto, La Tempestad en el Mar, el que más convenía a su estado de ánimo en ese momento...

Al día siguiente, tras una noche en vela, se presentó antes que nadie en el despacho, no había dormido pensando en la decisión que tomaría, y, tras una hora más dándole vueltas a las distintas alternativas que se le presentaban, hizo desaparecer el dossier en el que el nombre de su amante aparecía y modificó los ficheros asociados al mismo.

Era imposible eliminar todos los rastros que sus operaciones de borrado iban dejando a su paso, pero solo un experto se daría cuenta de ello y era raro que el interés por ese informe en concreto fuese tanto que se pidiese el análisis de expertos para analizar su posible manipulación. Menos mal que, como por milagro, en la Niebla Profunda ni la imagen ni el nombre de Barut habían aparecido aún ligados al caso.

... ¡Ufff!... Resopló, Klein, echándose contra el respaldo del sillón... ¡Menos mal!...

De cualquier forma, por precaución, antes de eliminar por completo el rastro de su amante, rescató los datos más relevantes para el caso que aparecían en el dossier, reubicándolos en otras carpetas asociadas al mismo. No salvó, sin embargo, el nombre del asesor medioambiental que había denunciado el caso a Barut, un tal Klopp Martins, que, según pudo averiguar, después de presentar su dimisión, se había convertido en un devotísimo monje pietista neoluterano, aquí mismo, en Bruselas. Algo que mitigó, hasta cierto punto, la mala conciencia de Klein.